

- ¿Cómo vas con el examen de matemáticas? – decía Lucas mientras él y yo corríamos para poder cruzar a tiempo el semáforo.

- Me va de pena. Creo que me quedará este trimestre – le dije con toda sinceridad, y a la vez, parecía mentira que yo mismo dijera eso.

Desde siempre he sido un chico que saca buenas notas. Nunca tuve grandes problemas para aprobar asignaturas, aunque este año era muy distinto. Había empezado Bachillerato, y no lo llevaba nada bien. Desde el inicio de curso, solo había aprobado un examen, el de tecnología.

- Pues yo ya llevo estudiando desde ayer, y no lo veo difícil; lo único complicado son los logaritmos, pero en una tarde todos los problemas solucionados – dijo en un tono de superioridad.

Lucas había y es una de los poquísimos amigos que me quedan en clase. Siempre hemos ido a la misma clase desde pabulitos, y éramos grandes amigos; nos habían pasado muchas cosas buenas y malas.

Estuvimos un rato andando sin hablarnos, a mí no me apetecía y supongo que a él tampoco. Las clases nos dejaban agotados, y en lo único que pensaba era llegar a casa para poder comer y disfrutar un poco de la televisión.

Sin previo aviso, Lucas cambió de dirección.

- Nos vemos esta tarde. Tengo que recoger un libro que encargué ayer en la librería. Adiós tío.

- Adiós... - me dejó algo desconcertado. Hasta donde yo sabía, Lucas no acostumbraba a leer, además, a esta hora, las librerías estarían cerradas.

Seguía caminado sin pensar mucho donde pisaba. “¿Qué estaría tramando?” Esa era la pregunta que pasaba por mi cabeza. “A lo mejor es verdad lo del libro, este año se le ve más aplicado en clase, además, va mejor que nunca en lengua” Sin percatarme, ya estaba delante del portal de casa. Me quedé sorprendido, el tiempo se pasó volando. Me quité la mochila, para buscar mejor la llave de casa. No tardé mucho en encontrarlas, siempre las ponía en el pequeño bolsillo lateral.

Parecía que habían limpiado el portal, el suelo estaba reluciente y había un olor a spray perfumador que me ahogaba la respiración. No soportaba este tipo de olor, así que me encaminé rápidamente hacia las escaleras. Vivía en un cuarto piso, pero desde pequeño no soportaba el ascensor, sentía pánico cuando montaba en uno. Estaba completamente acostumbrado a subir aquellos escalones, incluso me sabía su número, setenta y dos. Cada piso que subía, me acercaba más a la pared, tenía un miedo atroz a las alturas. En ese instante, recordé que mi padre me dijo que si seguía acumulando fobias, me iba a convertir en un tonto. Cuando llegué a la puerta de casa, introduje las llaves en la cerradura, pero parecía que estaba no giraba. Saqué las llaves, y las miré de nuevo, por si acaso me había equivocado; eran las correctas. No tardé en descubrir la razón, suponía que mi madre ya estaría en casa, y, como de costumbre, se había dejado las llaves dentro. Pulsé el timbre y sonó aquella melodía que me traía de cabeza. Hace unas dos semanas que lo instaló mi madre, sonaba una canción que nunca había oído en mi vida, pero que a ella le traía loca. Sonaba como una melodía de móvil; los vecinos se sorprendieron al ver el sonido que producía el susodicho timbre.

- ¿Pero qué horas son estas de llegar? No me digas que has perdido las llaves... – dijo mamá al mismo tiempo que abría la puerta. Parecía como si hubiese estado todo el tiempo detrás de la puerta, porque no tardó ni dos segundos en abrirla. No comprendo lo de las horas, había tardado lo mismo que cualquier día, aunque me pude haber retrasado algunos minutos acompañando a Lucas a casa.

- Claro que no he perdido las llaves. Y por las horas, he llegado como siempre. Después de decirle esto entré en casa y vi a mi madre vestida con un traje muy fino.

- Perdona mama, se me olvidó por completo. – Le dije inmediatamente.

Me había acordado en ese momento, al verla vestida así, de que la habían invitado a una comida de la empresa, y me dijo la noche anterior que debía de volver pronto para terminar de preparar mi comida. Con el lío de las clases y del examen de matemáticas se me olvidó por completo.

- ¿Qué se te olvidó? ¿Qué tendrás en la cabeza? Bueno, la comida la tienes terminada, dentro de 5 minutos apagas el fuego y te la comes. Un beso, luego nos vemos.

Después de darle un beso en la mejilla, salió disparada por la puerta, cerrándola de un portazo.

Mi casa no era muy especial. El recibidor se limitaba a un perchero donde colocar los abrigos, a un mueble colgado en la pared donde colocamos las llaves y al telefonillo del portal.

Antes de nada, quité las llaves de mi madre de la puerta. “¡La muy tonta se ha olvidado las llaves!” pensé en ese mismo instante. Inmediatamente, las quité de la puerta y me encaminé hacia el portal, para haber si por casualidad la conseguía ver. Bajaba los escalones de dos en dos, eso si, siempre pegado a la pared. Los últimos tres los pasé con un gran salto, aterrizando perfectamente en el suelo.

- Mama, espera.

La había pillado justo cuando estaba abriendo la puerta del portal. Le di las llaves; ella se excusó diciendo que estaba pensando en las telarañas y que se le habían olvidado. Después de darme las gracias, se dirigió hacia el coche, que lo tenía aparcado en la acera de enfrente. No quería quedarme ahí mucho tiempo, así que me dirigí hacia el piso de nuevo. Cuando pasaba por los buzones, me fijé que en el nuestro había correo; mama no había recogido las cartas, pero mejor para mí. Era principio de mes y eso significaba que debería de llegar la carta con las faltas de asistencia y en el mes anterior tuve muchas. No quería llevarme de nuevo una bronca, así que decidí que después de comer, bajaría y la recogería.

Subí más rápido de lo que bajé, porque no quería que se me quemara la comida. El olor de la cocina ya me hacía pensar que lo que mama había preparado había sido macarrones, pero parecía que se empezaban a quemar. Apagué el fuego y abrí la olla; efectivamente, se habían quemado un poco, pero no tenía ganas de volver a hacerme de nuevo la comida, así que pensé en echarle más salsa de tomate por encima y el sabor quedaría casi intacto. Saqué un plato del armario que había encima del fregadero, un tenedor del cajón que había debajo del microondas y los llevé al comedor. El comedor de casa, al igual que la cocina, era minúsculo, pero gracias a las numerosas cortinas que mi madre había colocado, tenía aspecto de algo más grandioso. No me apetecía poner mantel, además de ser de dibujitos, me daba pereza siempre ponerlo y hoy que no estaba la jefa, era libre de comer como quisiera. Cuando quise volver a la cocina, pensé en otro asunto que se me pasó por alto. “¿Para que narices he llevado el plato al comedor si tengo que echar los macarrones aun?” No podía creer que fuera tan patoso, pero pasaba de volver; cojo otro plato y tan listos.

La cocina ahora olía más a macarrones. Era diminuta, en una pared parecía tener encajado todo; la encimera, el microondas, el fregadero, la nevera y el la lavadora. Solo tenía algo de decoración, si se le podía llamar así, un cuadro en el cual salía un cerdo pastando en un prado.

Hace varios años, siempre le preguntaba a mi madre que porque estaba el cerdo pastando, si eso lo hacían las vacas. Siempre me día lo mismo “Que pesadito eres hijo” Cogí otro plato, la espumadera y eché toda la sartén al plato. Me encantaban los macarrones, aunque cuando los comes dos o tres veces a la semana los empiezas a aborrecer. Me dirigí al comedor, colocando todo perfectamente para poder empezar a degustar mi comida, que ya era hora, y justo cuando cogía el tenedor, empezó a sonar el teléfono. “Me cago en todo, ¿es qué hoy no puedo comer a gusto” pensé en aquel momento.

- ¿Diga? – Dije con algo de mal humor.

- Hola Jon, ¿está Lucas por ahí? – Enseguida me di cuenta de que era la madre de Lucas, la señora María, que, además, era nuestra profesora de Ingles.

- ¿Lucas? – Dije sin querer la pregunta. Me extrañé aun más en ese momento. Primero lo de la librería y ahora, supongo que aun no habría llegado a casa, y eso que el vive más cerca del instituto que yo.

- No, lo acompañé a casa pero a medio camino me dijo que tenía que recoger un libro en una librería. – Al principio me dio ganas de meterle una mentira, pero pensé que lo mejor sería decirle la verdad. ¿Se habría metido en algún lío?

- Vaya... Pues si va a tu casa, o te llama, dile que venga a casa directo, ¿vale? Gracias, hasta luego.

Ni siquiera me dio tiempo de decirle “vale, lo haré” Parecía muy preocupada, por el tono de la voz, además, ese modo de colgar... Me dirigí en ese momento a la entrada, iba a intentar llamarlo por el móvil, haber si lo localizaba. Lo saqué de la mochila, y para mi sorpresa, tenía una llamada perdida. “Podría ser de él...” Pero no fue así; era de Julia, la única amiga que tenía en clase.

Ella, y al igual que Lucas, siempre han ido al mismo curso que yo. Era una chica encantadora, y además, guapísima. Casi todos los chicos de la clase iban tras ella, pero Julia los rechazaba a todos. Era una chica aplicada en clase, una de las mejores y, además, había ganado dos o tres premios de escritura, escribía como los ángeles. Lo que mejor se le daba era la poesía; muchas veces, en clase de religión, nos juntamos los dos y me enseña todo lo que escribía la noche anterior.

Marqué directamente su número, ya que me lo sabía de cabeza de tanto usarlo. Un tono, dos tonos, tres tonos... antes de que saliera el contestador, descolgué. En ese momento, decidí mandarle un mensaje. Después de un ratillo tecleando, me quedó un mensaje corto pero fácil de entender:

Lucas, ¿Dónde estas? Dame un toque de inmediato, tengo que hablar contigo. PERO LLÁMAME ENSEGUIDA.

Cuando salió en el móvil mensaje enviado, decidí llamar a Julia, para saber que quería. Al igual que Lucas, me sabía el número. Apenas al haber sonado el primer tono ella respondió.

- Jon, ¿eres tú? – Parecía que la voz le temblaba.

- No, soy Paca, la pastelera, ¿no te digo? – Me encantaba gastar esa bromilla siempre que me preguntaban por teléfono si era yo – Claro que soy Jon, ¿qué quieres? Entre unos y otros...

- ¿Sabes algo de Lucas? – No me dejó ni terminar la frase.

- Pues te cuento lo que sé; lo acompañaba a casa, pero a mitad del camino, me dijo que tenía que ir a recoger un libro a la librería y que nos veríamos luego y hace dos minutos me ha llamado su madre preguntándome por donde andaba. ¿Es qué pasa algo?

- Pues si. Su hermano...

¿Qué pasa con su hermano? – Parecía que había dejado la frase a propósito para que yo le preguntara sobre su hermano.

- Cuando he llegado a casa he oído hablar a mi madre con mi padre de que su padre había ido a recogerlo esta mañana al colegio.

- ¿Su padre? ¡No me jodas! – No lo pude remediar, era asombroso lo que me contaba.

La historia del padre de Lucas no es muy complicada. Hace dos o tres meses, cuando murió su madre, es decir, la abuela de Lucas, se deprimió mucho y empezó a darle a la bebida. Se volvió muy violento y después de maltratar a María, ella puso una denuncia y el juez dictaminó un alejamiento de cuatrocientos metros.

- Pero, ¿Cómo ha podido sacar al hermano del colegio? – Era la primera pregunta que se me ocurrió.

- Pues ni idea, supongo que estarían al tanto del alejamiento. – Supuse que ella tampoco temía la respuesta.

- ¿Y... no crearás que Lucas habrá ido a ver al padre? A lo mejor se ha puesto en contacto con él.

Lucas siempre ha admirado a su padre, incluso después de la paliza que le dio a su madre, aun le sigue perdonando. Siempre, cuando hablábamos el tema, me decía que quería hablar con él, quería que le explicase algunas cosas.

- Te apuesto cincuenta euros a que sí. ¿Por donde os separasteis?

- Después de cruzar el semáforo que hay a la salida del parque, en dirección hacia el puente.

- ¿Se lo has dicho a su madre?

- Pero si apenas me dejó decir “hola”. Le dije que se había ido a recoger un libro y nada más.

- Pues llámala y se lo dices. Lo más seguro es que haya ido a casa de su padre. Después de llamarla, llámame a mí, ¿vale?

- Claro tía, vale. Hasta ahora.

Terminé la llamada y de inmediato usé el teléfono de casa para llamar a casa de Lucas. Estaba comunicando, parecía que su madre llamaba a alguien, supongo que preguntando por donde andaba su hijo. Probé de nuevo, pero sin éxito alguno.

Ya no sabía que pensar; por una parte, aun no acababa de asimilar que el padre de Lucas se hubiese llevado a su hijo por la fuerza y por otra que Lucas estuviese al tanto de todo y se hubiera reunido con él. Mientras no paraba de reflexionar en el sofá, el telefonillo sonó. Ya empezaba a estar algo cabreado con lo que estaba sucediendo, y para colmo, aun no había comido. Descolgué el telefonillo con tantas ganas que se me calló de las manos, lo recogí con el cable y pregunté que quien era.

- ¿Está Jon? Soy Lucas.

- ¡¿Lucas?! pero tío, ¿Dónde te habías metido? – Le grité en un tono de sorpresa y a la vez de fuera. – Ya estas tardando en subir.

Le abrí la puerta del portal y esperé su llegada con la puerta abierta. Ya no podía estar más confundido, “pero que hace este aquí?” Era la pregunta recorría mi cabeza, y al parecer, la única. Me asomé al pasillo y vi que estaba subiendo en ascenso. Al poco tiempo de asomarme, vi que la puerta del ascensor se abrió en inmediatamente me tiré hacia él.

- ¿Pero donde estabas metido? – Era la única pregunta que salió de mi boca.

- Joder Jon, no te pongas así. Ya te dije que fui a recoger un libro – en ese momento me enseñó un libro bastante gordo, que llevaba en las manos. – Intenté llamar a casa para decirle a mi madre que me recogiera, pero no contesta nadie; así que vine aquí para haber si desde tu casa la podía llamar, ¿y tú por qué estas así?, ¿es qué ha pasado algo?

No me lo podía creer; Lucas no se había enterado de la historia aun, y, para colmo, era verdad que había ido a por el dichoso libro.

- Entra en casa y te lo explico todo.

- ¿Pero es qué ha pasado algo? Coño Jon, no me asustes.

Después de entrar en casa y sentarnos en el sofá, empecé a contarle todo lo que sabía; lo de su padre y su hermano, la llamada de su madre y la de Julia.

Cuando terminé, lo primero que hizo fue sacar el móvil del bolsillo.

- ¿Seré tonto? Apagué el móvil después de intentar llamar a casa. – Dijo en voz alta. – Tranquilo Jon, que a mi hermano nadie lo ha raptado, ¿cómo habéis sido capaces de pensar eso?

¿Qué como había sido capaz de pensar eso? Todo el mundo preocupado y él solo me suelta esa frasecilla.

Antes de opinar, entérate un poco de la historia. – Parecía muy sereno, pero se le notaba que se había enfadado. – Hoy es el cumpleaños de mi hermano.

- ¿Qué? – Se me escapó la pregunta.

- Pues sí, detective. ¿Por qué crees que he ido a la librería? ¿No creerás que este librazo sea para mí? Es un libro en los que vienen muchos cuentos infantiles. Mi madre me pidió que lo comprara al salir de clase. Y por lo de mi padre, antes de ponerle las esposas, que sepas que hoy se iba de viaje a Paris, para la empresa, por eso fue a visitar a mi hermano antes, para darle su regalo y despedirse de él.. ¿Y Julia te ha dicho que lo ha RAPTADO? Esa chiquilla es tonta.

Después de oír por completo la historia, parecía que todo concordaba mejor. Me había quitado un gran ovillo de problemas de la cabeza.

- Perdona tío, pero si hubieses estado en mi situación, también pensarías algo raro.

Quería disculparme de algún modo, pero no me salían palabras de la boca. Después de pedirle perdón, él se empezó a reír. Después de todo esto, me pidió permiso para llamar a su casa. Esta vez pareció que contestaba, y le contó su parte de la historia y le pidió a su madre que si la podía recoger en mi casa. Colgó el auricular después de mandarle una sonora despedida.

- Dentro de quince minutos está aquí. Una pregunta, ¿tienes algo de picar? Aun no he comido nada y estoy que me desmayo con tanto viajecito.

Cuando me dijo esas palabras, recordé el plato de macarrones; yo tampoco había comido. Supuse que ya estarían fríos, así que le propuse recalentarlos y que él comiera

algunos. Mientras yo metía el plato en el microondas, él sacó otro cubierto y un vaso y los llevaba al comedor. Pude oír también como encendía la televisión. Cuando se calentaron, me llevé el plato al comedor; pude ver a Lucas sentado y listo para comer. Le puse a ojo la mitad de mi plato y empezó a devorarlo como si fuera su última comida.

- Si que tenías hambre tío – le dije en tono de gracioso.

El no respondió, solo se limitaba a tragar y a tragar. Mientras comíamos, lo único que le daba algo de vida a esa situación era la televisión, con la guapa reportera de las noticias de deporte hablando de los partidos del fin de semana.

- Que buenos estaban. Gracias Jon, si no es por ti, no llego a casa vivo.

No me lo podía creer; si que era verdad que tenía hambre; apenas yo llevaba la mitad del plato y el se había terminado el suyo. Después de esto, recogió su plato y los llevó al fregadero de la cocina mientras yo me acababa mi plato. Cuando tenía los últimos macarrones en el tenedor, y él miraba todos los mensajes que tenía en el móvil, el telefonillo volvió a sonar.

- Seguro que es mi madre. Gracias por todo tío. Mañana nos vemos en clase, adiós.

- Espera, que te olvidas el regalo.

Lo vi encima del sofá, justo donde lo había dejado antes de que nos pusiéramos a comer.

- Gracias tío, si mi madre ve que al final no compró el dichoso libro, me parte en dos.

Está vez lo cogió con ganas y después de decir por tercera vez adiós, cerró la puerta con un gran golpe.

Tardé mucho en tragar los últimos macarrones que tenía, no me apetecía acabármelos; el exceso de salsa de tomate para disimular un poco el que se habían quemado les daba un sabor muy bueno. No tardé mucho en recogerlo todo, fregar los platos y en poder relajarme un poco. Miré el reloj de la pared; era muy temprano aun para ponerme a hacer los deberes, además, solo tenía de Química y era formular cuatro fórmulas y para variar, en la televisión ya no había nada bueno, solo telenovelas. Pensé en llamar a Lucas para poder ir a su casa, pero me acordé de que tenía la fiesta de cumpleaños de su hermano, así que no podría quedar conmigo. Lo que me extrañaba en aquel momento era porque no me había comentado nada sobre el asunto, pero comprendí de nuevo porque se había puesto a estudiar tan pronto el examen de matemáticas. Por un momento pensé en ponerme a estudiar el examen, para variar, pero aun quedaban tres tardes y no quería desperdiciarlas de aquel modo. En la única persona que pensé en llamarla era a Julia, así le contaba toda la historia y como había metido la pata su madre. Marqué el número muy lentamente, dudaba en llamarla, no se si ella también se habría puesto a estudiar el examen.

- ¿Diga? – Parecía la voz de su madre.

- Hola, ¿está Julia? Soy Jon.

- Si, espera que la llame.

Pude oír por el teléfono como su madre gritaba su nombre, y después el mío, para indicar que la llamaba yo.

- ¿Jon? ¿Qué quieres?

- ¿Estas ocupada? Me gustaría contarte el final de tu presunto secuestro. – Me encantaba bromear con ella, aunque no parecía entenderlo al principio, supongo que aun no tendría noticias de Lucas. Ella me dijo que no, que ya había acabado los deberes y que estaba algo aburrida. Le conté la historia con pelos y señales, sin dejarme detalles,

incluido el enfado de Lucas hacia está por pensar que su padre había secuestrado a su hermano.

- Jajaja, ¿solo fue eso? Ya sabes como es mi madre, seguro que pensó lo peor cuando llamó María. Me alegro de que solo fuera eso. – Parecía mucho más relajado, pero entonces - ¿Y por qué narices le has dicho que yo te dije lo del secuestro? Seguro que mañana en clase la toma conmigo, eres un poco torpe.

- Perdona Julia, pero en estos momentos no tienes tiempo para encubrir a nadie.

- ¿Y quién ha dicho que encubras a nadie? Solo con decirle que “alguien” te había dicho lo de su padre, sobraba.

Su tono de voz se estaba poniendo peligroso; hacer enfadar a Julia era una paliza, para empezar, pasaba de hablar contigo y después tenías que ir tras ella para reconciliarte.

- Dejemos el tema, ¿vale? Mañana hablo con él en clase y solucionado, ¿vale?

- Eso espero Jon.

- Bueno, aparte del asunto, ¿quieres que quedemos ahora? Paso de hacer los deberes y estoy aburridísimo.

- Lo siento Jon, no puedo; ya quedé Con Marta y Miriam para salir a comprar ropa.

En aquel momento, ya me imaginaba que aquella tarde se haría eterna. Marta y Miriam eran una de las muchísimas amigos que Julia tenía, siempre que salían juntas, acababan gastándose un dineral en ropa, pero ella se lo permitía; sus padres eran directores de una empresa de programación.

- No importa. Ya nos vemos mañana, y ten cuidado con lo que compras.

- Que gracioso está el nene. Bueno, hasta luego Jon.

Después de colgar el teléfono, ya solo podía hacer una cosa, hacer los asquerosos deberes de Química. Recogí la mochila del recibidor y me dirigí a mi cuarto. En la puerta, colgué una señal de prohibido el paso; la hice hace dos años en clase de plástica y me salió muy bien.

Mi habitación era muy corriente; libros tirados por todas partes, la cama sin hacer y los calcetines apestando la habitación. Coloqué todo lo que había en la mesa en la cama y saqué el libro y el estuche. No tardé mucho en desilusionarme; el ejercicio era muy complicado, y estuve cerca de una hora para terminarlo. Me dejé una fórmula sin hacer, se la pediría a Lucas o a Julia antes de entrar en clase mañana.